

# ¿Un Mediterráneo global?

LAURA FELIU  
La Vanguardia 29/04/2001

De forma significativa, las transformaciones que ha experimentado el sistema internacional en las últimas décadas han alterado la fisonomía del Mediterráneo. Más que de una región debería hablarse de la interconexión entre diferentes subsistemas regionales unidos, o separados, por un mar común. No existe una organización que otorgue unidad al conjunto. Es más, los vínculos que atraviesan las aguas del Mare Nostrum son de baja intensidad. Mientras que las interrelaciones entre los estados del norte están muy desarrolladas mediante organizaciones como la UE o la OTAN, las organizaciones que agrupan a los países del sur y este del Mediterráneo (PSEM) -tales como la UMA, la Liga Árabe o la OUA- tienen un carácter de foro declarativo en el que a lo sumo se discuten temas técnicos de segundo orden. Las cuestiones económicas y militares realmente decisivas se desarrollan, por el contrario, a través de una compleja malla de relaciones bilaterales.

Este punto nos introduce en dos de los principales déficit de los PSEM: su dependencia con respecto a los países de la ribera norte y la falta de cooperación entre ellos. Y los desafíos son muchos y graves. El Mediterráneo tiene como una de sus principales características la asimetría entre las dos riberas. El fin de la guerra fría y la desaparición de la fractura Este-Oeste pusieron en evidencia la profundidad de otra fractura, la Norte-Sur, que había permanecido en parte oculta por la preeminencia hasta entonces de las cuestiones político-militares en la agenda internacional. Problemas como la elevada deuda, la necesidad de ayuda y financiación exteriores, la inmigración, o la entrada de actores internacionales (FMI, Banco Mundial, Estados Unidos, UE y de las grandes empresas transnacionales) en el día a día de la toma de decisiones anclan a estos estados en el sistema internacional, pero desde la perspectiva Norte-Sur. España, Francia, Italia y Grecia, con un 42% de la población, generan un 88% del PIB de la región.

La construcción de una Asociación Euromediterránea iniciada en la conferencia de Barcelona (noviembre de 1995), que aspira al establecimiento gradual de una zona de libre comercio (ZLC) para el año 2010 entre los países de la UE y doce PSEM, difícilmente paliará estas asimetrías. El proyecto ha sido definido por los países del norte y no ha dejado margen de maniobra a los PSEM. Temas como la emigración, la deuda o el comercio de productos agrícolas, de gran relevancia para el sur, no han sido incluidos en una primera fase. La retórica relativa a la prosperidad compartida está lejos de realizarse. El impacto a corto plazo de la creación de la ZLC -la propia Comisión Europea lo reconoce- será negativo para las economías del sur, y la ayuda destinada a mitigar este impacto es insuficiente, mientras que el esperado aumento de las inversiones no se ha producido.

Los elementos anteriores sí que nos marcan una región en un sentido: las transformaciones en una parte del Mediterráneo afectan sin duda a las otras, tal y como muestra por ejemplo la imposibilidad de separar -como pretendían los estados europeos- el conflicto en Oriente Medio del proceso euromediterráneo. Los destinos de las dos orillas están unidos por preocupaciones

estratégicas, por flujos migratorios o por la dependencia energética de la UE con respecto al Magreb y a Oriente Medio.

El Mediterráneo, más que una realidad es una representación, un ideal que construir. El uso del término Mediterráneo para denominar iniciativas del norte hacia este conjunto no debería responder sólo a un análisis interesado sobre apertura de mercados o seguridad. La UE así lo entiende cuando planea los programas MEDA y la cooperación descentralizada para activar las relaciones entre las respectivas sociedades civiles. El fracaso de éstos aplaza de nuevo un tema pendiente y circunscribe el Mediterráneo a un bonito ideal.

*LAURA FELIU, profesora de Relaciones Internacionales de la UAB*